Introducción

La estupidez forma parte de la experiencia humana ordinaria. Se manifiesta en decisiones, relaciones, instituciones, organizaciones, sistemas y culturas. Atraviesa la vida personal y social y, por tanto, también los procesos educativos. Sin embargo, pese a su relevancia potencial para la investigación pedagógica, la formación y la enseñanza, apenas ha sido considerada por la Pedagogía o la Didáctica General como objeto explícito de estudio, investigación, reflexión sistemática, ámbito curricular o fenómeno formativo relevante susceptible de reconocimiento y transformación. Esta ausencia resulta llamativa. La educación ha dedicado una atención creciente al aprendizaje, el conocimiento, las competencias, la inclusión, la convivencia, la creatividad, el pensamiento crítico, los valores o la ciudadanía. No obstante, apenas ha prestado atención a un fenómeno capaz de condicionar profundamente todos esos ámbitos y de actuar sobre ellos como un obstáculo silencioso para la formación de educadores y educandos.

La omisión es aún más significativa cuando se observa que la estupidez no suele formar parte de los fines de la educación, de los currículos, de los objetivos educativos, de los contenidos de enseñanza, de la formación inicial del profesorado o de los programas de desarrollo profesional docente. Tampoco ocupa un lugar relevante en la investigación pedagógica ni en los marcos conceptuales utilizados para analizar la calidad educativa, la innovación, el liderazgo o la mejora escolar. Como consecuencia, la educación parece desenvolverse como si la estupidez fuese irrelevante para la formación, cuando su influencia potencial alcanza a responsables políticos y administrativos de la educación, equipos directivos, profesorado, familias, alumnado y ciudadanía.

Esta situación recuerda otras ausencias pedagógicas señaladas desde el ERI. Determinadas realidades con fuerte incidencia educativa, como el ego docente (Herrán & González, 2002), las malas prácticas docentes (Herradas, 2026), la inmadurez o la mediocridad social (Herrán, 2025a), han permanecido durante décadas en posiciones marginales dentro de la teoría educativa pese a su impacto potencial sobre los procesos formativos. La escasa atención prestada a una realidad no implica su inexistencia ni reduce su influencia. Por el contrario, las realidades ignoradas suelen actuar con especial intensidad precisamente porque permanecen fuera de la conciencia pedagógica. Considerada así, la escasa consideración de la estupidez podría interpretarse no sólo como una laguna temática, sino como un posible error radical de la educación.

La cuestión adquiere mayor interés si se considera que la preocupación por la necedad, la estulticia, la idiotez o la estupidez ha acompañado a la humanidad desde hace siglos. Autores tan diversos como Erasmo de Rotterdam (1999), Séneca (2012), Musil (2007), Bonhoeffer (2018), Cipolla (2013) o Gómez Ramos (2014) reflexionaron sobre distintas manifestaciones del fenómeno y advirtieron de sus consecuencias personales y colectivas. Sin embargo, estas aportaciones permanecieron generalmente fuera del campo pedagógico o no llegaron a traducirse en una problematización educativa sistemática. Incluso cuando la educación fue concebida como una vía para superar la ignorancia, la dependencia o la minoridad, la estupidez rara vez fue reconocida como objeto específico de formación (Noguera-Ramírez, 2025).

Este ensayo parte de una hipótesis distinta. No pretende elaborar una filosofía de la estupidez, una psicología de la estupidez o una sociología de la estupidez. Su propósito

es estrictamente pedagógico. Lo central no consiste en identificar personas estúpidas ni en clasificar formas de estupidez. Tampoco se trata de utilizar el concepto como descalificación moral o social. La pregunta que orienta este trabajo es otra: ¿qué significado tiene la estupidez para la educación y qué consecuencias tiene su escasa consideración por parte de la Pedagogía?

Desde el ERI la estupidez se conceptualiza como un contexto educativo invisible y un ámbito formativo radical de extraordinaria importancia formativa. Su presencia no se limita a situaciones concretas ni a determinados individuos, sino que atraviesa épocas, culturas, instituciones y sistemas educativos. Esta interpretación se sitúa en continuidad y complementariedad con los paradigmas pedagógicos consensuados, incluidos los enfoques tecnocráticos, interpretativos, sociocríticos y posmodernos. Desde su enfoque no pretende sustituirlos ni oponerse a ellos, sino contribuir a ampliar su campo de observación mediante la incorporación de temas radicales que han permanecido fuera de su foco de estudio. Entre ellos se encuentran la conciencia, el ego, la inmadurez adulta y generalizada de nuestra sociedad, la mediocridad consecuente, el amor, la muerte, la meditación, la educación prenatal o el autoconocimiento esencial. El ERI se define por su intento de integrar y complementar las aportaciones de los paradigmas vigentes con la articulación pedagógica de dimensiones formativas profundas y periféricas del ser humano, tradicionalmente desatendidas por la Pedagogía, para contribuir a una comprensión más completa de la educación y de la formación humanas.

En este contexto funcional, los contextos educativos invisibles pueden conceptualizarse como realidades que condicionan profundamente la educación sin ser habitualmente reconocidas por ella. Apenas figuran en los currículos; rara vez aparecen en los programas de formación, y pocas veces constituyen objetos prioritarios de investigación. Sin embargo, influyen decisivamente en los procesos educativos. Lo mismo ocurre con determinados temas radicales que atraviesan la existencia humana y que, pese a su relevancia formativa, suelen permanecer, no solo fuera del interés pedagógico convencional, sino fuera de la conciencia pedagógica y de su corpus. La teoría desarrollada en estas páginas apunta a que la estupidez forma parte de ese mismo conjunto o familia formativa, si bien no de forma primordial, por ser materia psíquica y epistémica derivada del ego.

Desde esta perspectiva pedagógica, la estupidez no se interpreta principalmente como un déficit intelectual y menos como una anomalía individual o una patología. Se entiende como una realidad humana ordinaria relacionada con fenómenos tales como la inmadurez, el egocentrismo, la ignorancia ignorada, el condicionamiento, la reducción de perspectivas y la estrechez de conciencia. Esta interpretación desplaza la atención desde la inteligencia hacia la formación. El problema pedagógicamente relevante deja de ser cuánto o cómo sabe una persona para centrarse en cómo se relaciona con lo que ignora, consigo misma, con el otro y los demás y, en conjunto, con la realidad.

La tesis principal del ensayo sostiene que la estupidez personal y social constituye un contexto educativo invisible y un ámbito formativo fundamental cuya escasa consideración por parte de la teoría pedagógica y la Didáctica General puede interpretarse como un error radical de la educación. Desde esta perspectiva, la estupidez eclipsa la conciencia y altera el sentido de las prioridades humanas y educativas. El ensayo explora su alcance formativo y las implicaciones derivadas de la ausencia de este constructo en ámbitos tan concretos como los fines educativos, los currículos, la formación y desarrollo docente, la comunicación didáctica y la propia teoría de la enseñanza y de la formación. Aunque su consideración pedagógica ha sido escasa, la estupidez también ha sido

abordada desde otros campos del conocimiento. Desde tradiciones filosóficas se la ha relacionado con la ignorancia de sí, la estrechez del juicio, el autoengaño, la necedad, el conformismo y la dificultad para reconocer los propios límites. Desde la Psicología, algunos estudios la han asociado a fenómenos como la sobreestimación de las propias capacidades, los déficits metacognitivos, el exceso de confianza o determinadas formas de egocentrismo. Kruger & Dunning (1999) observaron que la incompetencia puede acompañarse de una sobreestimación de las propias capacidades y de una excesiva seguridad en los propios juicios, derivadas de la dificultad para reconocer las propias limitaciones. Sternberg (2002) relacionó la necedad y la estupidez funcional con fenómenos como el egocentrismo, la ilusión de omnisciencia, la sensación de omnipotencia y la falsa invulnerabilidad.

El presente ensayo no pretende desarrollar una teoría psicológica de la estupidez, ni adoptar sin más las definiciones elaboradas desde esos ámbitos. Su propósito es diferente: reconstruir pedagógicamente un concepto ampliamente presente en el lenguaje ordinario, en la experiencia cotidiana y en diversas tradiciones intelectuales para habilitarlo en la Pedagogía y la Didáctica General, reinterpretándolo desde la formación, la educación, la enseñanza y el currículo en el marco del enfoque radical e inclusivo. Las aportaciones psicológicas se consideran antecedentes valiosos, aunque insuficientes en amplitud y profundidad para explicar la complejidad pedagógica del fenómeno que aquí se explora adoptando como antesalas epistémicas la conciencia y el ego.

El estudio también integra la riqueza semántica y experiencial del concepto tal como aparece en la vida cotidiana, en la observación social y en la tradición cultural, donde términos como necedad, estulticia, idiotez o simple estupidez suelen aludir a fenómenos relacionados con el ego, la inmadurez, el autoengaño, la falta de conciencia o la resistencia a la propia transformación. La hipótesis desarrollada consiste precisamente en que esta comprensión amplia y ordinaria contiene una intuición pedagógica de gran valor que puede enriquecer la comprensión educativa del fenómeno.

Como consecuencia de lo anterior, se propondrán implicaciones didácticas y orientaciones formativas centradas en el tránsito del ego a una conciencia más evolucionada, entendida como proceso de maduración, autoconocimiento esencial, ampliación de conciencia y reducción progresiva de condicionamientos personales y colectivos, para una elevación formativa más allá del aprendizaje y de la mirada crítica de Biesta (2017).

Lejos de aspirar a la erradicación definitiva de la estupidez, objetivo tan improbable como la eliminación completa de la ignorancia, la inconsciencia (Zhuang Zi, 1996; Jung, 1964) e inmadurez del ser humano (Kant, 2013; Ingenieros, 2025; Ortega y Gasset, 1999; Von Franz, 2006; Herrán, 1995; Herrán & Xu, 2025), este trabajo pretende contribuir a su reconocimiento pedagógico, tanto epistemológico como profesional. Porque aquello que no se reconoce difícilmente puede comprenderse, y lo que no se comprende apenas puede manejarse y transformarse mediante la educación. En este sentido, la estupidez podría normalizarse como uno de los retos educativos radicales más extendidos, persistentes e insuficientemente estudiados por la Pedagogía y la Didáctica General contemporáneas.